

solucion
sentencia
algunos
le con
al minis
ste lo ha

do en el
de esta
sponden
dividuos

del pro
o. Carlos

de Jus
comenz
scandal
nada ga
seme
S. M. en
fimientos
testigos
yo testi

gione y el
accional
unció la
enviando
sección
ilan; y al
presunto
libertad,
or su par
os para
ocoso.
gado por
ado, y si
causa
drá tener
aquel se

acompa
Cataluña
n, reuni
a, Fran
del Gau

tor, Boel
hacia un
allaba en
aba para
to, arre
fue con
on la que
e un tra

andisima
ceso: La
n favore
a Don
o el Cor
anza 43

o a hacer
el secre

ontraban
por orden

conferen
l coman
Vicuña.
os, 94,99
aduana

ohan hola
n Europa
e los vie
ajo la in
ste de in
penitenc
han dismi
el Norte
a Bilbao
ena, Cádiz
spejado es
y Orizaba
atura a las
enor 10 a
dilos los de

strada.
GA
al 900)

PASTA
y en la

joanment
maestros
Madrid
TENICA
9.
ILLAS
L.
avillas
nado,
ontado
orquillo
tillas
eses.
etenda,
ienda
21.
ILLA,
nestrada
zo, Jacobi
a de San
35.

LIBERTAD

222A TODAS LAS OPINIONES.

Los Lunes de El Liberal

NO SE DEVUELVEN
LOS ORIGINALES.

DIRECTOR, DON ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

Madrid.

1.º DE SEPTIEMBRE DE 1879.

Querido Isidoro Fernandez Florez:

Al confiarme la tarea de sustituirte durante la corta ausencia, creo que abusas de nuestra antigua e íntima amistad. Esta sección, creada por ti exclusivamente, tiene un público exclusivamente tuyo, acostumbrado a tu manera de escribir, admirador de tu ingenio y deseoso de verte. Al aceptar tu encargo, te doy una verdadera prueba de cariño. Caza por esos cotos lo que puedas, ya que juzgas descanso la fatiga de cazar, pero imagino que sólo harás salvas a las codornices porque realmente disparas contra mí.

Para cumplir mi cometido, he procurado espiar lo que se dice, y he oído que todas las bocas habladoras tenían un mismo tema de conversación, muy gastado pero siempre interesante, el duelo, que tanto ha dado que decir a los canonistas, juriscónsultos y escritores de costumbres. ¿Por qué hablaban del duelo? Acaso por no tener de qué ocuparse. La verdad es que no hay manera de matarse dos hombres con mas formalidad y cortesía: amigos íntimos cargan las pistolas o facilitan con agrado sus sables y floretes: se va en coche a la muerte y los adversarios se saludan como despidiéndose para el otro mundo: es un día de campo sin merienda.

Este es el duelo a la moderna, que el Código castiga, y al mismo tiempo, de un modo que llamáramos hipócrita, a no tratarse de un libro tan respetable como el Código, indirectamente reglamentado. El pueblo se bate a la antigua, aunque desde el reinado de Carlos III justituyó la espada, que le prohibieron usar, por la navaja, que es una espada de bolsillo, y sirve a la vez para partir el pan y estudiar anatomía en las entrañas de un amigo. No ha operado por las mejoras que concede la ley a los que se baten ante padrinos mayores de edad; es decir, el pueblo es castigado con todo el rigor de la ley cuando se bate a navajazos, porque no tiene padrinos.

Entre la Iglesia que excomulga a los padrinos y el Código penal del Estado que los recomienda para el acto de batirse, no imponiendo castigo alguno por su cooperación a una muerte, siempre que cumplan ciertas condiciones fáciles de simular, hay verdadero antagonismo. La prueba es clara: en rigor sólo hacen falta en un duelo el ofensor y el agraviado, es decir, dos excomulgados nada mas: la ley, para suavizarse, exige que sufran la excomunión otras dos personas por lo menos. El Estado, con la mejor intención seguramente, se ha separado en esta materia de la Iglesia. Los canonistas dirán si el Estado ha incurrido en excomunión al legislar de esa manera.

La intención del legislador ha sido buena. Quiere que la gestión de personas extrañas disminuya los duelos y mitigue sus rigores. Pero, en realidad, logra su objeto? La intervención de los amigos, la publicidad y hasta la esperanza que da una tregua corta, multiplican los desafíos, y personas que a solas se hubieran arreglado, se baten por pundonor, por compromiso y por orgullo. En cambio, es muy frecuente que salgan dos matones a reñir, y vuelvan juntos a beber. Este lenguaje no es heroico, pero es profundamente humano. Nadie tiene tanto interés como los contendientes en que el duelo no se verifique, o se efectúe con el menor riesgo posible.

Dos zapateros andaluces, disputando sobre vino, se desafiaron.

El caso es, dijo el tío Talones, que no podré matarle a Vd. porque no tengo navaja. Solo traigo lezna para coserle a Vd. lo que le rompa.

Pues saque Vd. esa herramienta, que yo también traigo la mía; repaso su compadre. Malacara sacando otra lezna del bolsillo. Tengo ganas de hacerle a Vd. unas puntaditas en el vientre.

¡Quietó! exclamó el tío Talones retrocediendo. Vd. quiere batirse a sable.

Como sabe, si es la lezna con que coso los zapatos!

Compadre, no podemos reñir; eso no es lezna, que es un asador. Vd. cose los zapatos con estoque.

El tío Talones hubiera tenido que reñir mediando en el asunto sus padrinos.

Conozco a dos sujetos que fingieron batirse por rendir tributo a la opinión que lo exigía. El público impone también sus contribuciones de sangre. Hay en los desafíos, en las batallas y en el patibulo un aflicción íntima, que resiste a toda educación y se sobrepona a todas las creencias. Dicen que cada cual tiene un ángel de la guarda: creo que además todos tenemos un demonio dentro de nosotros.

El Código manda a las autoridades detener a los que están desafiados, cuando llega a su noticia estando concertando un duelo, y raras veces se cumple este precepto de la ley. ¿Es que las autoridades no quieren tener noticias de estos lances que casi siempre anuncian los periódicos? Me inclino a creer que en la mayor parte de los casos hacen como se suele decir, la vista gorda, por no perjudicar moralmente a los adversarios, en quienes ejerce la opinión una verdadera tiranía. Es natural, y hasta necesario a veces, batirse y satisfacerse acto continuo, en el calor del momento del agravio. Pero ¿qué ofensor se bate si no artificial y fírmemente al día siguiente o a los dos días de haber cometido una falta de que está por lo general arrepentido?

Esto en los duelos serios, que en la mayor parte de ellos hay algo de brio.

Un antiguo periodista me contaba un lance que le sucedió siendo gacéfilo. Había ridiculizado un anuncio de un método de enseñanza, excesivamente cómico, y el autor le envió por padrino un brigadier. Este, convencido de la razón de mi amigo, desistió del padrinzago, así como el segundo brigadier, a quien encargaron el asunto; pero como en España hay muchos brigadieres, hubo al fin uno que se encargó de arreglar el desafío.

Mi amigo fue al terreno, y allí conoció a su

adversario, coronel retirado, de aspecto venerable.

Se entregaron las pistolas y disparó la suya el periodista, sin herir al coronel.

Este, al ruido del disparo, empezó a batir las palmas, reír a carcajadas, y dar saltos, concluyendo por bailar una jota delante de su adversario.

Nuestro amigo se había batido con un loco.

Tu debes recordar, Isidoro, aquellos dos amigos nuestros, que se desafiaron hace algunos años y nos eligieron por padrinos.

¡A muerte! dijo el tuyo tendiéndote la mano.

¡No hay otro medio de arreglarlo! dijo el mío.

Aquella misma tarde recibía el gobernador de la provincia una carta incomprensible que decía sobre poco mas o menos:

Querido Isidoro. No transijas: Z y yo no cabemos en el mundo, tu afectísimo amigo X.

Y tu recibías a la misma hora una carta anónima concebida en estos ó parecidos términos.

Señor gobernador: Se proyecta un duelo terrible entre los Sres. Z y X, domiciliados en tal parte: solo acudiendo sin pérdida de tiempo, puede Vd. evitar una catástrofe.

Un cambio de sobres había descubierto la superchería de mi ahijado.

Nosotros disimulamos y fingimos concertar un duelo terrible entre nuestros amigos, que estaban cada vez mas arrogantes e inflexibles. Ambos hicieron testamento y escribieron cartas a toda su familia. Media hora antes de la cita fui a casa de mi ahijado, pero el criado me dijo que no estaba.

¡Imposible! exclamé lleno de sorpresa: tenemos cita muy formal y quiero verle. Tu le niegas y voy a entrar hasta su alcoba.

El criado se puso delante de mí con aspecto aterrado y suplicante.

No puedo consentir el paso, señorito.

Pues, dime la verdad.

Me promete Vd. el secreto? Pues bien, mi amo me ha dicho terminantemente: Aquí no ha de entrar nadie sino el gobernador de la provincia ó los que vengan a prenderme.

No había tiempo que perder: si el primer anónimo se había extraviado, no era probable que sucediese lo mismo con el otro: media hora después los adversarios se reconciliaban y almorzaban en la Fuente Castellana.

El ahijado había, en efecto, escrito también su anónimo urgente al gobernador: nos enteramos de ello porque al salir del teatro ruinosos arrestados una noche por el jefe de orden público, quince días después de hechas las paces, cuando no nos acordábamos ya del desafío.

Pero la pluma ha corrido demasiado y me veo en la precisión de terminar sin haber tratado el asunto tan debatido en estos días. El hecho ocurrió, según cuentan las gentes... pero el secreto no me pertenece, es de dominio público y no debo apropiármelo. Hay un convenio tácito para esta clase de cuestiones, que consiste en que todo el mundo se entere de ellas sin que nadie se de por enterado oficialmente: por eso he querido que se me acabe el papel antes de entrar en el asunto.

Adios: la carta es lo bastante pesada para poder concluir sin escrúpulo: esta pesadec era mi defensa única. He procurado dormir a los lectores para que no reparen en tu ausencia.

JOSE FERNANDEZ BREMON.

El alma de Luis Ortega.

(HISTORIA UN SI ES NO ES ESPIRITISTA.)

Los altos juicios de Dios son inescrutables, y para los hombres será siempre un misterio el por qué de los hechos que ejercen una influencia mas ó menos directa en el curso de su destino: es cosa tan sabida y pensada por todos, que hasta parece impertinente repetirla, y sin embargo, no encuentro medio de evitarlo. Hay frases de cajón hechas ad hoc para una porción de ocasiones, y la que va a la cabeza de estas frases es una de ellas. Como se consuela a un hijo de la pérdida de su madre? ¿Cómo se dice al anciano a quien matan en la guerra su único hijo, que era el báculo de su vejez? Al hombre, siempre adolorado a ver misterios en todas partes, y sin queriendo desconfiar de la misericordia del Altísimo, dice a los desgraciados que lloran la pérdida de un ser querido:

Vamos, consuélese Vd. ¿Quién sabe! Tal vez haya sido por su bien...

Las personas a quienes se dirige esta frase, que a primera vista parece una blasfemia, siguen llorando sin consuelo: pero la amistad está satisfecha.

Esta doctrina tiene, como todas, sus inderados. El hombre, soberbio por naturaleza, y envejecido como está, con el pomposo título que se ha dado modestamente a sí propio de rey de la Creación, quiere comprender lo que se halla fuera de su alcance, cuando hay muchas cosas a su alrededor en las cuales no sabe de la misma la media, como vulgarmente se dice.

¿Conoce que todo se lo merece, la menor contradicción le enoja, le pone furioso, y juzga montañas todas las cosas que se le meten entre los dedos de los pies en el camino de la vida. Admirador profundo del héroe macdonald, apenas se tropieza con un niño que de primera intención no puede desear, hace coraje y lo corta. Es verdad que no consigue nada, porque el valor que encuentra no satisface la solución, y el problema, por lo tanto, queda sin resolver; pero semejante al discípulo que tiene una duda en su cálculo, y en vez de pensar para desvanecerla, botra con el cepillo todo lo escrito en la pizarra, y volviéndose al profesor le dice: no lo sé, el moderno Alcaide empiea en su argumento razones que, si no convencer, apiastan.

Tal era, respecto a muchas cosas de este mundo, Luis Ortega, guapo chico por lo demás, aunque sobrado impresionable. Jóven, bien parecido, poseedor de una fortuna mas que regular con lo cual simbraba con creces a sus necesidades, y acostumbrado desde pequeño a la realización de sus menores caprichos, se comprendía que no era hombre para sufrir contradicciones, y que la primera que experimentase había de ejercer gran influencia en su destino.

El mismo lo decía muchas veces, y no se recataba para decirlo. Siempre que pasaba ante sus ojos el espectáculo de una dedición moral ó material, se encogía de hombros y miraba con desden a la víctima.

No lo comprendo... marmuraba. ¿De dónde saca este infeliz fuerzas para soportar el mal que le oprime? Por otra parte, ¿quién se lo agradece? ¿Qué consigue con su necia resignación?

Puede en su caso—le decía un íntimo amigo suyo, hombre, sin duda alguna, de mejor sentido que él.—Si todo lo que a ese desgraciado le sucede te si consides a ti, ya inventarías en tu ayuda el socorro de la confidencia.

No seas simple. Introduciría un factor extraño que me resolvería la cuestión.

—Y ese factor extraño, ¿quién es? ¿Dónde está?

—¿Quién es? Un magnífico Lafoucheux que compró hace ya tiempo en la calle de Alcalá. ¿Dónde está? En un cajón de mi mesa, siempre al alcance de mi mano.

—Pero, ¿y la sociedad?

—¿Qué me importa una sociedad que bajo el manto de una estéril compasión se burlaría de la profundidad de mis heridas?

—Pero Dios... la otra vida...

—Bastante atención prestaría Dios a mi humilde persona el día que los sucesos me pasiesen en el caso de me bruler la cervelle, como dicen nuestros vecinos de alende los Pirineos. Si hay una vida posterior a la humana, una vida que empieza en el sepulcro, realizo un acto de talento rompiendo una plana en que ha caído un borron, para empezar otra nueva.

Y la disputa terminaba siempre en Fornos ó en los Dos Cisnes, entre faisanes y botellas de Champagne.

Llegó un día en que Luis se enamoró; pero no con ese amor pasajero que nace en los jardines del Retiro y dura lo que la temporada de verano. Nada de eso. El amor de Luis era de esos que sólo se sienten una vez en la vida, y que oman nuestra desgracia ó nuestra felicidad eternas, según sea ó no correspondido.

Pero en vano empleó todos los medios para conseguir un sí de la boda hechicera que encerraba tantos encantos para él. Amalia, este era su nombre, oía desdiciosa sus juramentos y se reía de sus enamoradas frases. Su corazón dormía aun y no era Luis Ortega el que había de despertarlo.

El día en que se convenció de esta verdad, el desdiciendo amante permaneció todo el día encerrado en su gabinete. Salí por la noche vestido de punta en blanco para asistir a una reunión donde tenía la seguridad de ver a la ingrata señora de sus pensamientos, y ni un momento dejó de marmurar durante el tiempo que invirtió en su camino:

—Es la última tentativa. O me dice que sí, ó me mata.

En efecto, a las dos de la madrugada salía de la reunión afectando una alegría que estaba lejos de sentir. Llegó a su casa, pidió luz, se encerró en su despacho y escribió las siguientes cartas:

A su novia:—Señorita: no me creo capaz de vivir sin su amor, y al negarme esto noche por última vez, ha dictado Vd., sin saberlo, mi sentencia de muerte. Sea usted dichosa, y, cuando lo sea, dedique algun recuerdo a la memoria de su afectísimo amigo Q. S. P. B.—Luis Ortega.

A su amigo:—Querido Arturo: ya sabes mis ideas sobre las contradicciones de la vida y la fuerza de voluntad necesaria para soportarlas. Tengo una pena muy grande y no la quiero sufrir. Comprendo que sobre y me voy. No dirás que solo predico con las palabras. Acuérdete alguna vez de tu amigo, no, de tu hermano.—Luis.

Al juez de guardia:—Señor juez: Que a nadie se haga cargo de mi muerte. Me mato libre y espontáneamente, deplorando, al morir, las molestias que con ello voy a ocasionarle.—Luis Ortega.

Cerró estas cartas, las lacró, las puso la dirección con pulso firme y sereno, tomó después una pistola, y aplicándosela a la sien derecha y apoyando los codos en la mesa, hizo fuerza en el disparador. Sonó un tiro, y la casa primero, y la calle después, se pusieron en conmoción. Cuando la gente entro en el despacho se halló al suicida conado de brazos sobre la mesa y con la cabeza destrazada.

La muerte había sido instantánea. Luis Ortega había dejado de existir.

Al mismo tiempo que sonaba el disparo, y mientras la gente se arremolinaba en tropel confuso a la puerta de la casa de Ortega, el alma de este infeliz, lanzada de pronto y en preparación al espacio con la velocidad de una bala de pistola en el primer momento de su marcha, se desvanecía en el vacío y buscaba con ojos asombrados la polar para orientarse. Logró, por fin, su objeto, y cabalgando en el primer rayo de luz de los que halló a mano, de la estrella mas próxima a nosotros, echó a correr por esos mundos a razón de 277.200.000 leguas por hora.

Poco a poco fue rasgando el velo que la cubría; empezó a darse cuenta de su posición, y libre de las trabas de la materia, fué viendo claro en muchas cuestiones que durante su peregrinación por este valle de lágrimas le parecían tan oscuras.

Su primer movimiento fué de espanto.

—¿Que le digo yo a Dios—iba diciendo el alma para sí—cuando me pida cuentas de mi vida terrestre? Lo que es de esta hecha, nadie me quita tres mil siglos, lo menos, de purgatorio.

Y tiraba de rfo la pobre alma al decir esto, pensando en el filo de dolor que la esperaba.

—Por supuesto—añadía—que no es mia toda la culpa. Si al bajar a ese miserable planeta de tres al cuarto hubiera conservado la integridad de mis facultades, me río yo de todas las tentaciones que hubiera podido sentir. Reoclaro, todo lo veía así como a través de un cristal empañado y de un modo tan confuso que daba lugar a dudas. ¿Qué mas prueba de esta verdad que acabar por negarme rotundamente? Negar yo al yo. ¡Tiene gracia!

Y al decir esto y sin poderse contener, se reía el alma a carcajadas, llamando la atención de todos los ástros que se encontraban sobre la punta de sus pies para veria, asombrados de tan estrepitosa hilaridad.

Pero bien pronto tornaba a su anterior tristeza y proseguía silenciosamente su camino.

Y de este modo, andando a un tiempo y pensando, llegó a donde estaba el Altísimo, y pálida, temerosa, depositó a sus pies todo el caudal de sus culpas.

Oyóla Dios con faz severa, y cuando hubo acabado, la dijo:

—Mereces un gran castigo y lo tendrás; pero no el que temes. Romper la envoltura mortal en que yo te había encerrado, y romperla por un motivo tan fútil como el tuyo, no hace mucho honor a tu desarrollo intelectual. ¡Infeliz! ¿quieras comprenderme a mí y hasta ignorabas las leyes de la naturaleza... Eres pequeña, muy pequeña, pero mirándala descansaba sobre ti como descansaba sobre la humilde flor de la pradera y el astro poderoso del universo. Alma débil, ¿porqué has dudado?

Todo esto lo escuchaba temblando de miedo el alma culpable que no sabía donde meterse para huir las reconvenciones del Señor. Hizo este una breve pausa, y al cabo de ella continuó:

—Por un amor perecedero y terrenal has comprometido tu eterna ventura. He querido advertirte, que al cabod el camino que emprendías estaba el dolor, y tú no has querido comprender mis exhortaciones. Merecías que la mujer a quien todo lo has sacrificado, hubiera correspondido a tu pasión. ¡Alma culpable, sigue a ese espíritu de luz que te marcará tu destino futuro!

Hizo Dios una señal, y el alma que en la tierra había animado el cuerpo de Luis Ortega, se levantó y siguió a un ángel de deslumbrante belleza, pero de rostro triste y melancólico mirado, que, a su lado ya, le marcaba una senda estrecha que se esderezaba a la misma puerta del Paraíso y se perdía en la inmensidad.

—¿Quién eres? preguntó balbuciente el alma culpable al espíritu de luz.

—El ángel de la penitencia, la respondió éste con dulzura.

Y saliendo del Paraíso empezaron a caminar por la estrecha senda.

III.

Cuando hubieron perdido de vista la mansion de las bienaventuranzas, detuvose el ángel y la dijo:

—Oye, hermana extraviada, lo que Dios en su infinita misericordia ha dispuesto para ti. Vuelve a la tierra, y recobra tu forma mortal. Tu suicidio queda borrado durante toda la noche de la memoria de los vivos. Vá a vivir en esta noche todos los años que hubieras vivido sobre la tierra a haber sido tu arbitrio d. tu destino.

Y antes de que pudiese darse cuenta de nada, el alma de Luis Ortega, vestida nuevamente con su traje material, se encontró de pronto en la brillante reunión de donde había salido para pasar, casi sin transición, a las regiones siderales. Buscó a su amada y la halló poco triste y pensativa, y acercándose a ella la preguntó con voz balbuciente:

—Amalia, ¿qué tiene Vd.?

Amalia no le respondió; separó el abanico de su rostro y con mano rápida llevó a sus ojos el pañuelo, que inundó con sus lágrimas. La pobre niña se arrepentía de su crueldad. Luis cogió sus manos con transporte y desde aquel momento se consideró el mas feliz de los mortales—porque, sin saber cómo, pero sin perder memoria de lo que había sucedido ya, el alma había vuelto a animar el cuerpo y seguía contando, por lo tanto, en el número de los mortales.

Y como para la unión de aquellos dos seres no había mas inconveniente que la oposición de Amalia, habiendo cedido esta, sólo faltaba proceder a las amonestaciones. Ríjronse los edictos, se avisó a los amigos, se encargó a París un lujoso *trousseau*, y un mes después, Amalia y Luis eran uno sobre la tierra.

Pasó el tiempo. ¿Cuánto? Ortega no lo pudo precisar, pero el caso es que de pronto cambió todo. Su casa, cield al principio, no tardó en asemejarse a un infierno. Su mujer, la dulce Amalia, tenía un carácter insoportable. Su suegra era una arpa. Empeñadas las rentas de Luis, bien pronto fué comprometido el capital y desapareció como el humo. Tuvo hijos, y educados en la escuela de su madre, consiguieron reunir en poco tiempo todas las malas cualidades de esta.

Todos pasaban sobre Luis como una losa de plomo; y agobiado el infeliz bajo tantas desgracias, alzó un día los ojos al cielo y marmuró con fervor:

—Dios mío, y pensar que me pagué un tiro porque Amalia se negaba en un principio a corresponder a mi amor!...

Al primer movimiento del alma pecadora al conseguir detenerse y tomar tierra, fué postrarse de rodillas, marmurando:

—Perdname, Señor. Tus juicios son inescrutables y tu sabiduría infinita, como tu misericordia. Perdona al pecador arrepentido que se postra a tus plantas pronto a extirpar su delito, acostando con resignación, por dura que sea, la penitencia que le quieras imponer.

Pero tengo que pedirte una cosa: que me hagas perder la memoria para que no recuerde nunca que atenté a la vida de mi cuerpo, porque una mujer, al rechazar mi cariño, me aseguraba la felicidad sobre la tierra.

Alzóse entonces el ángel y la dijo:

—Levanta, hermano. Por orden de Dios ha pasado en un breve plazo ante tus ojos el panorama de la existencia que, a estar en tu mano, te habieras dado a ti mismo. Has comprendido lo culpable que eres. Oye ahora cuál ha de ser la espion de tu delito.

Alto rar así has revelado tu falta de sexo. Vuelve, pues, a la tierra, pero con una forma adecuada a tu desarrollo intelectual. Renace bajo la forma de un *cheffito*.

Y el alma de Luis Ortega volvió al mundo a cumplir su penitencia.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

El dios momio.

I.

Hace pocos días, viajando por la línea del Norte, llegué a suponer que el billete que yo había tomado en la estación de Zumárraga sería falso.

Y mis temores eran fundadísimos, porque mi billete no se parecía a ninguno de los que llevaban los siete compañeros de viaje que ocupaban el wagon conmigo.

El mío era de cartón, mitad encarnado, mitad azul. Los que los demás viajeros enseñaban al interventor cuando este los exigía, ni eran de cartón, ni encarnados, ni azules.

Eran unos pedazos de papel, mas grandes ó mas chicos, pero desiguales todos.

Un caballero a quien conozco de vista porque le suelo ver en coche particular por las calles de Madrid, enseñó al revisor una hoja de papel que llevaba en su cartera en cuatro dobles, y le fué devuelta en el acto.

Al lado de este caballero viajaban un matrimonio conocidísimo por su posición desahogada. El marido entregó al revisor un papelito blanco, apaisado, que el empleado le devolvió después de mirarlo un instante.

Tres viajeros que iban al lado y enfrente de esta pareja, mostraron asimismo diferentes papeles en lo que había algo escrito ó autografiado.

Por último, el que iba a mi lado sacó una tarjeta de cartón bristol diciendo con aire de mando:—El pase. Y el empleado ni lo miro siquiera.

Al llegar a una de las estaciones inmediatas, el tren que sólo debía detenerse cinco minutos no partía. Qúanse en un coche próximo voces descompuestas, amenazas y palabras mayores. La curiosidad me hizo bajar para ver lo que sucedía.

El interventor sostenía un animado diálogo con un caballero que viajaba en un reservado con señora, niños y criados.

Decían así:

El caballero.—Mi pase dice que viajan conmigo ocho personas.

El interventor.—Si señor, pero las dos que faltan...

El caballero.—No le he dicho a Vd. que van en otro wagon?

El interventor.—¿Y no le he dicho a Vd. que eso está prohibido?

El caballero.—Le digo a Vd. que le ha de costar muy caro!

El interventor.—Yo le digo a Vd. que no puede costarme ni caro ni barato cumplir con mi obligación. Vd. lleva seis billetes de primera a mitad de precio y dos de segunda. Es así que van aquí dos criados en primera, luego van un deudamente, y ahora mismo me paga Vd. doble precio por estos dos criados hasta la frontera.

El caballero.—¿No tendría Vd. la culpa?

El interventor.—No señor, la tendría Vd.!

El caballero.—Daré parte al director, que es amigo mío, y le separarán a Vd.

El interventor.—Lo dudo, porque estoy cumpliendo con lo que la empresa me manda.

El caballero, exaltadísimo y a toda voz.—¿Usted sabe quién soy yo?

El interventor, encogiéndose de hombros.—Un viajero.

II.

Merece capítulo aparte el efecto que al viajar lo le hizo que le llamaran tal.

¡Allí fué el sacar apellidos, títulos y honores! Se llamaba diez ó doce veces Guzmán, González, Ladrón, Santoponce y qué se yo que mas, especialmente Ladrón de No Sé Qué, aunque el revisor decía que de *billetes*. Era no sé si duque, archiduque ó príncipe; senador del reino; teniente general, caballero gran cruz de varias españolas, americanas y extranjeras; tercer acolinista del Banco de España, ex-ministro y ex-embajador; era, en fin, la *Guía de Forasteros* que iba á tomar baños.

Y aquel hombre no podía consentir que siendo tanta cosa, un empleado fi-le le impidiera de ir á la empresa como al parecer quería.

Pero no hubo remedio: el interventor se dispuso á llamar á la guardia civil para que la ley se cumpliera; el jefe de la estación daba la razón al que la tenía y el *hombre-Guía* pagó, no sin amenazar al empleado con quitarle el empleo en volviendo á Madrid, *pues él era muy amigo de los consejeros*; y al decir todo esto, agitando convulso un papel blanco, igual ó parecido á los que mis compañeros del wagon usaban como billetes.

Entonces, y viendo que el tren andaba ya, subí precipitadamente al furgón para no quedarme en tierra; y como delante de mí subió el interventor, le rogué me explicase el poder de los papeles blancos; y aquel honrado revisor de empresa me refirió cosas curiosísimas.

III.

Desde que comienza el verano, la mitad ó mas de los viajeros van provistos de billetes á menos precio del que marcan las tarifas. Los hay de primera, de tercera, de cuarta parte. Los hay que permiten viajar en primera por el coste de segunda, y los hay de segunda que permiten viajar por el coste de tercera.

Esto parece probar que los viajeros españoles son pobres; y sin embargo, no hay tal cosa. Generalmente los que viajan así son los ricos. Los que blasonan de ser todo lo que era el caballero del wagon de al lado.

Son los que toman una *cilla* en el extranjero, por la que pagan de alquiler miles de francos, y no se conforman á pagar á la empresa de su país más que la mitad de lo que debieran.

La empresa no recibe el diluvio de cartas y peticiones de los pobres ni de los modestos viajeros de segunda clase. Los que viajan casi de balde son los que tienen dinero de sobra.

Estos no vacilan en ir á Biarritz, á Arcachon, á San Juan de Luz, á Pau ni á Burdeos á dejar en los hoteles lo que tal vez pagan doble de su precio, pero necesitan pedir un favor que significa cinco ó seis duros.

El modesto comerciante, el humilde empleado, el propietario rural, el escritor sin renta, el artista sin relaciones, no conocen á la empresa, no saben suplicar por poco dinero, viajan con su billete entero, tienen que mermar su temporada de baños, van de un punto á otro juergueros y apretados, porque nadie les pone el *cartelito* que dice: RESERVADO, para que puedan ir tres donde deben ir ocho.

En cambio, observad quiénes son los dichosos. Son senadores, generales, ex-ministros, banqueros, títulos, comandadores y caballeros. Son los que tal vez en un grave discurso se lamentarían de los grandes fraudes al Estado, y no pueden viajar si no defraudan de alguna manera, porque para ellos se hicieron esos *cartelitos* tan en uso. Viajan por la mitad, y viajan anchos, y a cada momento han de sacar el reloj para hacer constar que el tren va con retraso, lo cual no pueden consentir de ninguna manera.

¡Cosa providencial! Estos viajeros ni descarrilan, ni chocan!

Dos años hace que un pobre soldado que iba con licencia á su casa para curarse unas calenturas, tuvo que ponerse de uniforme para ir á mitad de precio hasta Utrera. ¡Con fiebre y vestido de paño!

Era en el mes de agosto; y al llegar á Córdoba se liquidó y hubo qué recogerlo en un cubo.

IV.

—Ay, amigo mío! le dije al interventor cuando llegáramos á Beasain. Usted me cuenta los perjuicios que sufre su empresa. Yo le contaré á Vd. los que sufren las mías.

—Las de Vd.?

—Sí, sí, porque yo considero como mías á todas las empresas de teatros; y ha de saber usted que todos los que viajan á cuarta parte de precio, son casi los mismos que van al teatro sano lo que llamaría un matemático *menos-prezioso*; porque el que no paga representa una cantidad negativa.

—¿Que me dice Vd.?

—La verdad.

Y entonces comencé á contarle yo á él cosas no menos graves.

V.

—Pensará Vd. que todos los concurrentes á los teatros, esos caballeros y esas señoras tan compuestos y emperegrados que habrá usted visto en pafos y butacas, se gastan diariamente treinta, cuarenta ó cincuenta reales!

—Creerá Vd. que los que lógicamente deben entrar gratis, como son los autores, los periodistas, y las familias de los actores, son los únicos que disfrutan del espectáculo!

—¡Ah! Si Vd. viera todas las mañanas las caras que el empresario y el autor de la comedia en juego reciben de muy altos y muy poderosos señores, que les ruegan con cariñosas frases *privadas* de dos ó tres butacas!

Madrid es un pueblo alegre, aristocrático, distinguido. Allí todos son elegantes, todos lucen; pero crea Vd. que pagan muy pocos.

—Si Vd. viera cuantas mujeres bonitas, discretas, elegantes, hasta formales, si Vd. me apura, escriben á los empresarios y les hacen cara de Pascua para lucir por la noche sus encantos de balde!

El modesto concurrente á la galería y al anfiteatro, ese estimabilísimo individuo de la clase media que va al teatro por ver la comedia, que escucha desde el principio al fin, que no entra tarde ni se impacienta temprano, ese nos juzga y nos lleva su parte alcuota, que contribuye á la vida de la empresa, y del escritor, y del artista; pero la coqueta sin fortuna, el político sin gusto, el rico sin largueza, la viuda sin amigo, el vanidoso con seis hijas y el tronado con pretensiones, esos van con un billete que tampoco es de cartón, sino de papel blanco, y, créalo Vd., son los primeros que silban las comedias que no les divierten.

Hay unos cuantos ricos que viajan en salon y se abonan á palco; otras cuantas familias que antes que pedir un favor de tan poca can-

tidad no viajarían, ó no irían á los teatros; pero los demás... crea Vd. que forman parte de un culto nuevo, de una religión que va á acabar con la de Vd. y la mía...

—¿Y cuál es? preguntó riendo mi nuevo amigo.

VI.

Conozco á un matrimonio de los que se ven en todas partes. La mujer llevó en dote diez mil duros que su esposo se jugó al *baccarat* en un año. El esposo es un señorito, que no ha logrado ser nada, ni ocuparse en nada, porque no sirve para nada...

—Pero...

—Muy pronto acabo. Marido y mujer viven con los padres. Dicho se está que almuerzan y comen á *cuarta parte*. Tienen un pase de libre circulación en el tranvía que los deja á la puerta del teatro. En el teatro entran con billete de favor, y luego van á tomar chocolate á casa de una generala prima suya. En la primavera les dá la empresa del Norte dos billetes gratis hasta San Sebastián, y allí pasan seis meses en casa de una tía. En el otoño vuelven á Madrid y comienzan de nuevo.

Estos son, pues, los nuevos sectarios, los sacerdotes del nuevo dios de Madrid, del idolo de moda, que para nombrarlo de una vez, es... el dios MOMIO.

EUSEBIO BLASCO.

Influencia de la luz sobre los vegetales.

La influencia que ejerce la luz sobre los vegetales, es uno de los estudios mas interesantes que ocupa la atención de los sabios contemporáneos; y como quiera que la física y la astronomía han de nosotros hoy la provechosa acción de esa sustancia misteriosa sobre la naturaleza entera, creemos oportuno decir algo acerca de este importante asunto á los lectores de EL LIBERAL.

La luz, esta sustancia increada, este misterio cósmico, es la vida de la Naturaleza. Todo lo sostiene y vivifica, y los animales y el hombre mismo la buscan por instinto. Por esta razón, su influencia es poderosa y vivificante sobre el mundo de las plantas, el mas importante y útil á la humanidad. La luz es la que forma las plantas, la que les da color, la que les dá su adorno y su belleza, y la que les dá el carbono en sus tejidos. Como impulsadas por un secreto amor las plantas buscan con avidez la luz, y en todas las condiciones vuelven hacia ella sus hojas y sus órganos para percibir y absorberla. La organización de las plantas es verdaderamente extraordinaria. Como el reino animal, los vegetales respiran, comen, beben, y duermen. Sus alimentos son el agua, el carbono, el amoníaco, el azufre y el fósforo.

Las plantas, dice Mr. Grinnard, no viven elegantemente como un objeto inerte, no: las plantas escogen, rehúsan, buscan y trabajan. Tienen un instinto que se eleva á las proporciones de una verdadera pasión: es el deseo de su bienestar, la necesidad imperiosa de prosperar, en una palabra, la sed de la vida en toda su invencible obstinación. Se desvían de los obstáculos que puedan detenerlos en su desarrollo y de los objetos inmediatos que puedan dañarlos; buscan con avidez el aire, la luz, las tierras fértiles, el agua que adivinan á veces á larga distancia y hacia la cual dirigen sus raíces con una incomparable sagacidad.

Esta tendencia de los vegetales tiene muchos puntos de contacto con el instinto animal; pero lo que mas distingue á las plantas, es su exquisita sensibilidad á la acción de la luz. La semilla, dice Mr. Duchartre, que cae por desecado en una cueva, y que llega á germinar, da origen á una planta que se parece completamente á esos niños delicados, cuyos pálidos rostros revelan una debilidad profunda. Este vegetal enfermito trata de curarse por sí mismo: busca la luz, hace grandes esfuerzos para conseguirlo, alarga su tallo, y si logra salir á la luz del día, ya no sufre. La luz le coloreará, la desarrollará y la vivificará.

La respiración vegetal demuestra la influencia de la luz, no solo en el aspecto de las plantas, sino en su constitución. Hay en la vida vegetal un conjunto de fenómenos análogos á los que acompañan á la respiración animal, y que constituyen lo que se ha convenido en llamar *respiración vegetal*. Las hojas, examinadas con un microscopio, presentan gran número de aberturas llamadas *estomas*, en forma de ojales, y que dan entrada á cavidades situadas en el espesor del tejido de la hoja. Las estomas son, en cierto modo, las bocas del vegetal, y las hojas son los pulmones.

Durante el día, las hojas toman del aire inmediato el ácido carbónico que existe en él, se apoderan del carbono que forman la mayor parte de los principios constitutivos vegetales, y despiden el oxígeno. Solo obran así las partes verdes, y únicamente durante el día. Por el contrario, durante la noche, las mismas hojas obran de una manera enteramente contraria, es decir, que toman el oxígeno del aire y despiden ácido carbónico del mismo modo que los animales. La corteza, la flor, las partes no verdes, obran siempre como las hojas durante la noche.

Estos hechos han sido demostrados recientemente por experimentos repetidos y precisos. Plantas encerradas bajo campanas que contenían ácido carbónico se han expuesto á la luz, observándose después que el ácido había desaparecido; y por el contrario, conteniendo la campana únicamente aire y poniéndola en un sitio oscuro, se ha encontrado en ella al cabo de cierto tiempo ácido carbónico.

Las plantas exhalan, pues, además de los perfumes de sus flores, gases deleterios, tales como el ácido carbónico y el óxido de carbono, y respiran constantemente á la inversa que nosotros.

De lo expuesto se desprende que la vida de las plantas y el movimiento de la mayor parte de ellas reconocen por causa la acción de la luz.

Darwin, el genio de la antropología moderna, ha demostrado hace poco que una planta de tallo solitario, colocada en una habitación que reciba la luz solo por un lado, emplea tiempos desiguales en recorrer las dos mitades de cada vuelta, tardando mucho mas en describir la media vuelta mas distante de la luz. Así, si una planta ha tardado 5 horas y 25 minutos en dar una vuelta entera, el semicírculo inmediato á la ventana, y por consiguiente mas cerca de la luz, le habrá recorrido en menos de una hora. Darwin no deduce de esto que la luz sea la causa del arrollamiento, sino únicamente que le favorece.

Es verdaderamente admirable la tendencia á la luz de estos seres tan útiles. Los importantes estudios que hacen sobre este asunto los naturalistas contemporáneos, están dando resultados satisfactorios y sorprendentes. Se ha colocado una capachina en el interior de una pieza alumbrada por una sola ventana, y al instante se ha visto á todas las hojas volver su cara superior hacia el lado de la ventana. Otros botánicos han probado este mismo fenómeno con un jazmin; y se ha visto á la claudina, que solo crece unos cuantos centímetros, elevarse hasta una altura prodigiosa para bañar sus hojas en los efusivos vivificadores de la luz solar.

El reino vegetal es un mundo lleno de poesía y de viva realidad que representa sobre la tierra el destino de los seres hacia la luz. Es tal su importancia, su utilidad y los beneficios que reporta, que disculpamos á Empédocles por haber humanizado las plantas y haberlas concedido facultades privilegiadas. Los poetas de la antigüedad han cantado las excelencias de Ceres, de Flora y de Pomona; y algunos, admirados de la secreta simpatía que existe entre las plantas y la luz, han consagrado su inspiración al heliotropo y al girasol.

La fábula de Clytias y de Febo es bellísima. Clytias, ninfa del Océano, era amante de Febo, mas vió con profunda pena que este prefería á Lenothoe y que la fecundaba con sus divinos rayos. Triste por el dolor y por los celos, empezó á languidecer. Solitaria en medio de un desierto, sin tomar alimento alguno, lamentábase sin cesar de su amarga suerte.

¡Débete! exclamaba, ¡Oh, hermoso sol! y al retardar tus fogosos caballos mas de lo acostumbrado, no te oútes tras de las nubes que me impidan ver tu bello rostro y me privez gozar de tus vivíficos rayos

Sin moverse del sitio donde estaba, sus pies echaron raíces, mientras sus ojos seguían la marcha del sol, haciéndola volver la cabeza para contemplarle sin cesar y verle donde su brillante luz aparecía.

Véase, pues, como en todo tiempo se ha reconocido la significación preponderante del reino vegetal en nuestro planeta. ¿Y cómo no si el reino vegetal es la base fundamental de la vida? Al reino vegetal debemos todo cuanto existe sobre la tierra. El establece una armonía inquebrantable y poderosa en las fuerzas que rigen á la vida orgánica de nuestro globo; reemplaza con un equivalente de ácido carbónico los ciento sesenta mil millones de metros cúbicos de oxígeno que el género humano toma cada año del aire; contribuye energicamente á que no se desvirtue ni desaparezca la virtualidad de las sustancias químicas que existen en el aire y en el suelo, vivifica cuanto nos rodea, proporciona una gran parte de nuestro alimento, facilita los medios curativos mas eficaces para nuestras enfermedades medicas y quirúrgicas, y es tal su utilidad y omnipotente influencia, que sin el reino vegetal la vida de la humanidad sería imposible sobre la tierra.

El reino vegetal es digno de estudio por todos conceptos, y es mas interesante de lo que generalmente creen los espíritus superficiales que con tanto desprecio miran los grandes fenómenos de la Naturaleza, por lo mismo que no son capaces de conocerlos ni de comprender la trascendencia científica y social que encierran.

J. DE TORRES Y GARCIA,
Ingeniero industrial.

Aranjuez 27 de agosto 79.

Sobre el Rhin.

(Notas de viaje.)

Maguncia está de ferias. Un centenar de barracas ambulantes, como la de Ursus, ocupan la estrecha explanada que separa la ciudad del río. Todas arrojan al viento penachos de humo por sus chimeneas; en aquellas viviendas se ven revueltos hombres, mujeres, niños y monstruos; hombres que tienen dentro de aquellas cuatro tablas su universo, mujeres que sobre aquellos gastados ejes han ido conduciendo sus delirios á través de las ciudades y de los bosques, niños á quienes el mismo carro sirvió de cuna y servirá de feretro, monstruos que ante el ejemplo de los hombres, se han habituado á disimular los odios del desierto y los instintos de la selva.

En Maguncia verdaderamente es donde el Rhin empieza á ser navegable; desde allí marcha en toda su amplitud hasta Rotterdam, ensancha ya su cauce, y dejando de ser torrencial, serena su curso.

Junto al campo de la feria lo atraviesa un enorme puente de barcas; este puente se abre con frecuencia para dar paso á las gabarras y á los vapores; cuando se cierra, lanzanse sobre él, á través del río, desordenada y confusamente, carros, rebaños y transeúntes; las barcas que sirven de pilares gimen al soportar aquella carga. Los rebaños cruzan la explanada rozándose con los osos, por entre las patas de los elefantes.

El vapor va á partir. Entramos á bordo; sigamos la corriente de este río lleno de tradiciones y de leyendas, y tan poetizado por Víctor Hugo, Enrique Heine y Byron. Es un hermoso vapor el que nos conduce, dentro de él pueden ir cómodamente trescientos viajeros. El tiempo es magnífico y todos nos colocamos sobre cubierta; ya se oyen palabras francesas por distintos sitios; pero el inglés es lo que domina: también oigo hablar griego allá en la popa... ¡Ah! me he equivocado, es catalán.

Pero ¿qué ingleses son estos? Todos piden cerveza, y de la mas barata; y el vino del Rhin, para cuando lo dejan? ¡Ay, estos no son los ingleses de Suiza! Veo á uno echar la cuenta del número de *chopes* que se pueden tomar con lo que cuesta una botella de *Liebfrauemilch*: se pueden tomar cincuenta y siete.

En cuanto se entra en Alemania, se va adquiriendo insensiblemente el espíritu de la economía; el alemán posee en alto grado dicha virtud; hagámosle esta justicia. Se puede vivir en Alemania un año con lo que se gasta en París en una semana.

Apenas queda Maguncia á la popa, el vapor penetra por entre una especie de archipiélago, formado de pequeñas islas cubiertas de fresca verdura. El primer punto de parada es Biebrich; allí nos espera un número considerable de viajeros que llegan de Wiesbaden, y que inundan completamente la cubierta del vapor: casi todos son ventrudos; la propiedad especial de las aguas de Wiesbaden consiste en hacer decrecer el abdomen; antes, en la edad de oro de la ruleta, se iba á Wiesbaden á engordar; hoy se va á enflaquecer.

El vapor sigue avanzando; el archipiélago de pequeñas islas queda á la espalda; algunos graciosos *chalets* se ven á derecha é izquierda; las orillas del río, hasta aquí risueñas y verdes, se van formando severas y oscuras; varias escuadrillas se cruzan con nosotros navegando río arriba; cada una esta compuesta de seis u ocho balandras y un remolcador que las conduce. Se van percibiendo sobre las colinas ásperas y escuetas algunos castillos derruidos junto á los cuales se mece el gavilán solitario. El agua deja de ser azul y juguetona; el río se va formando oscuro y grave á cada nueva ondulación que forman las orillas. El Rhin en la Selva Negra es torrente y catarata; al besar el costado de Francia es río anchuroso, risueño y transparente, fiel reflejo del cielo que sobre él se extiende y de las alegres riberas que baña; desde que se acerca á Bingen es piélago profundo, bajo cuyas aguas bituminosas y negras parecen ocultarse las sirtes rugidoras.

Frente á Bingen, en medio del río, levántase una antigua torre, llamada de los *ratones*; pues en Alemania, también los ratones tienen su leyenda. Esta leyenda no puede ser mas impía. Parece que un arzobispo de Maguncia, cuyo nombre era Hatto, construyó dicha torre con objeto de hacer pagar un derecho de pasaje á todas las embarcaciones que cruzaran por allí. Hatto compraba trigos y los almacenaba; los ratones, al ver su codicia, quisieron castigarle, y comiéronse el trigo; el arzobispo empezó á perseguirlos encarnizadamente; los ratones, á su vez, empezaron á perseguir al arzobispo; una noche le mordían un dedo; otra noche le quitaban media oreja; no tuvo Hatto mas remedio que abandonar su palacio y refugiarse en la torre por el levantada frente á Bingen. Pero miles de ratones se lanzaron al agua rodeando el barco que lo conducía, penetraron en la torre y se comieron al arzobispo. ¡Trájico desenlace!

El Rhin va mostrándose cada vez mas sombrio; asperos penascos pizarrosos comienzan á bordar sus orillas; por ambos lados se oye silbar la locomotora, y á veces se la ve aparecer al borde del río, saliendo del fondo de una montaña; numerosas escuadrillas continúan pasando: Rheindiebach, Lorchhausen, Guttenfels, pueblos silenciosos y tristes van quedando á nuestra espalda; de pronto, todos los pasajeros se agolpan sobre la proa; ¿qué novedad se acerca? la atención es general y profunda; ¡la roca de Loreley se levanta ante nuestros ojos! Algunos creen oír todavía los suspiros de Lore, sobre la ruda cumbre desierta. La de Loreley es la mas bella tradición alemana; la inspiración y el arte la han embellecido: ¿quién no recuerda la tierna balada de Enrique Heine?

Lore poseía tal encanto en la mirada que enloquecía de amor á cuantos tenían la desdicha de verla; pero la linda muchacha era insensible, y ante todas las súplicas permanecía indiferente. Una vez, al cabo, vió á un joven caballero que la enamoró con su varonil belleza; era un gran señor de las cercanías; Lore, atormentada por aquel amor imposible, erraba loca á través de los bosques escribiendo en los troncos de los árboles el nombre del que adoraba. El caballero buscaba desolado la mano misteriosa que sobre la corteza de los troncos grababa su nombre. Una noche, á los rayos de la luna, sorprendió á Lore ocupada en su tarea, y el astro que ilumina las noches de otoño fué testigo del comienzo de aquellos castos amores. Todas las noches siguieron viéndose los dos amantes en un lugar solitario, en medio del inaccesible misterio de la selva. Pero el amante un día quiso renombre, quiso gloria, en cuanto llegó á sus oídos el eco de grandes batallas, y parte, de pronto, para la guerra. Lore, perdida la razón, desgarró el aire con sus lamentos. La preguntan la causa de tales dolores; ella la oculta; es llevada ante un tribunal por hechicera. —Si es el amor la causa de tus penas, pronuncia el nombre del que adoras, la dice el magistrado. Lore va á contestar, pero recuerda que su amante es un gran señor y teme que se burle de ella. —¡Id al bosque y vereis su nombre sobre los troncos de los árboles! murmura al fin. Se recorre el bosque; sobre los troncos de los árboles no se leía nombre alguno: la corteza había retoñado. Lore debe ser quemada; pero el tribunal tiene lástima de ella y la envía á un convento: una embarcación movida por seis remeros la conduce sobre el Rhin. Al llegar junto á una montaña de pizarra; (*leg*), la joven pide permiso á sus guardianes para subir á la cima y ver desde allí los lugares en que tanto ha amado; se lo conceden, y Lore trepa hasta la cumbre. Apenas llega allí, percibe á lo lejos sonido de trompetas; un gran barco empavesado viene por el río; el barco avanza y no tarda Lore en distinguir el rostro de su amante. Un grito de felicidad se escapa de sus labios, y un vértigo la hace rodar por la falda de la escarpada montaña hasta el fondo del río. El Rhin rugió, y una ola negra y furiosa sepultó la nave en que volvía el triunfante caballero.

Tal es la poética leyenda de Loreley. Hoy, por entre los escarpes de la roca, silba el viento y la pizarra se desprende cayendo á intervalos en la corriente grave y silenciosa.

San Goar, Boppard, Osterspel y Rhense van pasando á nuestro lado sucesivamente, tendiéndose al pie de peladas colinas. De Loreley á Coblenza ningún accidente realza el paisaje. Solo se ve, en la orilla izquierda, el célebre castillo de Stolzenfels, donde tantos estudios y experiencias se llevaron á cabo en la Edad Media en busca de la piedra filosofal. Hoy Stolzenfels está perfectamente restaurado y habitable; lo he visitado minuciosamente y he visto que encierra objetos artísticos de gran valor. Sobre su fachada, mirando al río, hay un fresco que representa una de las escenas de que ha sido teatro dicho castillo. De Stolzenfels á Coblenza la distancia es corta, y al acercarnos á esta ciudad veis levantarse ante vuestros ojos las imponentes fortificaciones de Ehrenbreitstein. Ehrenbreitstein ha sido la primera plaza fuerte de Alemania, hasta que ha venido á serlo Metz. Es el centro de esta formidable línea de defensa que comienza en Strasburgo y va á acabar en la frontera belga; es la llave del Rhin; al pie de sus baterías termina su curso el Mosela. En Ehrenbreitstein se unen los cables subterráneos que ponen en comunicación todas las plazas fuertes del Occidente de Alemania.

Ehrenbreitstein se une á Berlín por otro cable. Esta serie de cables subterráneos constituye el nervio de la sociedad alemana; todo gira á su alrededor; todo obedece á sus mandatos; ahí se reconcentra toda la vida del país. Yo subí á la batería mas elevada; al subir, miraba conmovido aquellas cuevas que los ejércitos de Napoleón tantas veces regaron con su sangre. Desde la cumbre del panorama es magnífico; al otro lado del Rhin está Coblenza, que puede arrasar en diez minutos; al Norte se distinguen dos cadenas de montañas volcánicas, Maifien y Eifen; en frente, en la llanura, se alza bajo los árboles, la tumba de Marceau, y no lejos de allí la de Hoche. Me acordé de aquellos versos de lord Byron en *Child Harold*: «¡honor á Marceau! Corta, brava y gloriosa fué su joven carrera. Dos ejércitos le lloraban; el que él mandaba y el que él combatía.» ¡Pobre Marceau! Soldado á los diez y seis años; general á los veintidos; su tumba es un montón de toscas piedras: doscientos compatriotas han ido á acompañarle en 1871, y las modestas cruces de sus sepulturas rodean el monumento que guarda sus cenizas.

Dominado aun por estas impresiones entro en Colonia, y vuelvo á encontrar cuarteles y murallas. Decididamente Alemania se propone hacernos retroceder al siglo xiv. Colonia es una de las ciudades que mas se resisten al espíritu del progreso. Sus calles en general son tortuosas y estrechas; aquellos tiempos en que el comercio y la industria hicieron de ella una de las principales poblaciones de Europa, han pasado. Hoy, su principal industria es la catedral. En el centro de una plaza se eleva una gran estatua de Bismark en bronce. En otra plaza se ve, también en bronce, á todo el estado mayor prusiano que tomó parte en la última guerra.

No creáis en la modestia alemana.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Colonia 27 agosto 1879.

No. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Almudena 2.